

Fragmento de *Nada*, de Carmen Laforet

Durante el viaje a Barcelona estuve casi todo el tiempo dormitando, acurrucada en el rincón del asiento. Cuando desperté, al amanecer, vi por la ventanilla un paisaje desolado, sucio, con un aspecto miserable. Aquel amanecer gris, aquella suciedad, me llenaron de una extraña alegría. Me parecía que por fin empezaba para mí una vida nueva.

Al llegar a la estación, una gran muchedumbre bullía entre el humo de los trenes. Me sentía aturdida y sola. Llevaba una maleta vieja y un bolso donde guardaba mi dinero y mis papeles. Nadie me esperaba. Salí a la calle con el corazón lleno de curiosidad y de miedo. Barcelona me pareció una ciudad extraña, medio destruida y hostil.

Tomé un coche de punto para ir a la calle Aribau, donde vivía mi abuela. El trayecto fue largo. Pasábamos por calles sucias y húmedas, llenas de gente que caminaba deprisa. Los edificios ennegrecidos, los cristales rotos, el aire húmedo y gris me producían una sensación de tristeza, pero también de expectación.

Cuando el coche se detuvo ante una casa grande y vieja, sentí una emoción indefinible. Subí la escalera, que olía a comida y a humedad. Las paredes, desconchadas, dejaban ver las huellas del tiempo. Llamé al timbre y esperé.

Me abrió una mujer de aspecto extraño, con el cabello en desorden y los ojos muy abiertos. Me miró sin decir nada. Detrás de ella se oía un murmullo de voces y el ruido de platos.

—Soy Andrea —dije—. La nieta de doña Angustias.

La mujer se apartó para dejarme pasar. El olor de la casa me envolvió: una mezcla de comida rancia, polvo y misterio. En aquel instante, comprendí que la vida que me esperaba allí no se parecería en nada a lo que yo había imaginado.